

San Tao

Guillermo Samperio*

*Más vale un justo santo tardío,
que un santo viejo y remolón*
Fray Toribio de Benavente

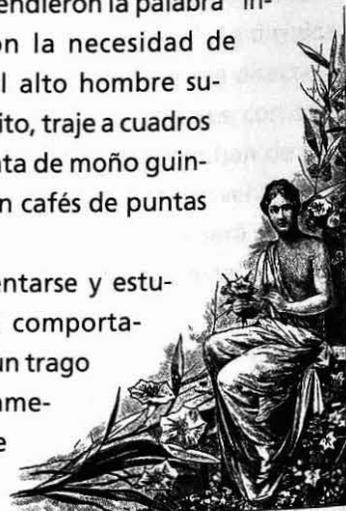
En el municipio de Xochistlacopan, mejor conocido como Xochis, entre los estados de Veracruz y Puebla, veneran a san Tao, una efigie de madera cuyo mentón y ojos son móviles; sobre su cabeza lleva una corona de cartón dorada y a sus pies, tres estrellas plateadas de hojalata. Viste traje de etiqueta negro con solapas brillantes. Su santuario es una capilla del siglo XVII entre churrigüesca y gótica, construida por franciscanos, con fray Helman Meyrink Cervantes al frente, un clérigo alemán que gustaba de la combinatoria de estilos: su madre era española y su padre suizo. Hay todavía la leyenda de que estaba medio loco y que su espectro, que todavía ronda cerca del río Lechoso, suele cambiarle de nombre a las adolescentes lánguidas que se bañan desnudas en el río. Los padres de la muchacha, de origen náhuatl, terminan aceptando el cambio de nombre, lo cual complica el registro civil en las oficinas de la cabecera, pero no el de la capilla, ya que el sacerdote Eligio García Toxtli Tacha rescribe los libros de bautismo sin mayor trámite cada vez que su antiguo fray Helman rebautiza a las jóvenes; un buen número de niñas tiene ahora apelativos germanos.

Hace seis décadas y un lustro, san Tao desplazó a san Martín de Porres, que presidía el santuario churrigótico, no sin cierta resistencia de los más viejos pobladores, que concedieron la entrada del nuevo santo luego de que fueron apaleados y puestos

en la cárcel de Xochis, localizada a espaldas del municipio; es un cuarto más bien pequeño, sucio, sin ventanas, donde fueron confinados, durante tres meses, las ancianas y los ancianos adoradores del santo negro. Se dice que dormían casi uno encima de otro y que varias de las mujeres fueron violadas, aunque hay quien señala que tuvieron relaciones sexuales por voluntad propia, aprovechando el viaje. Aunque al ser liberados siguieron santiguándose, en secreto, ante clandestinas imágenes de san Martín de Porres, con el tiempo se sumaron a Tao, el nuevo santo.

Cuando san Martín todavía era el patrón, hará unas siete décadas y media, una noche llegó al pueblo un hombre cargado de algunos velices y baúles, algunos metálicos y otros de cuero duro. Buscaba un hotel o una posada, pero entonces no había tales negocios en Xochistlacopan. Varios muchachos se le acercaron, curiosos, y él los contrató para que le ayudaran con el equipaje. Preguntó en la cantina sobre alguien que pudiera recibir a un inquilino; aunque ni el cantinero ni la mesera ni una docena de parroquianos entendieron la palabra "inquilino", adivinaron la necesidad de habitación de aquel alto hombre sudoroso, de bigote finito, traje a cuadros cafés y cremas, corbata de moño guinda y zapatos también cafés de puntas cremas.

Lo invitaron a sentarse y estuvieron midiéndolo su comportamiento, invitándole un trago que él aceptó de inmediato. La mesera, de nombre Helga, una mujer de cuerpo



* Escritor y guionista.

generoso, que andaba por los cuarenta años, le dijo que ella tenía un cuarto en su casa, sólo que había que destilicharlo, que nada más era cuestión de que la esperara a que cerraran la cantina. El hombre le explicó que venía con mucha carga y que no podía esperar mucho tiempo, pero Helga le resolvió el problema: llamó a uno de los muchachos, le entregó una llave que parecía ganzúa y le indicó que llevaran las cosas del señor a su casa. Cuando la muchachada empezó a cargar el maletín, el hombre de la corbata de moño les dio unos billetes; la mesera lo regañó, diciéndole que en Xochis no se acostumbraba dar tanto dinero. Al rato, el muchacho regresó y le entregó la ganzúa a Helga.



En la cantina supieron que el hombre se llamaba doctor Estanislao Barquera y Gorostiza, pero pronto le empezaron a llamar don Esta, pues en Xochis no les gustaban las palabras largas ni los nombres con tantas sílabas. Así que don Esta les contó que había recorrido toda la república, haciendo el bien al prójimo, que le había tocado curar de un sopeno al general Álvaro Obregón y de un susto a la amante principal del general Calles, también que había traído al mundo a un montón de niños en lugares recónditos, que a muchos hombres y mujeres les había quitado el insomnio, los vahídos, la cursera, la temblequera y hasta el mal de ojo, pero que en especial él era artista, mago, animador, nigromante, alienista, pronosticador o como lo quisieran llamar. Y que ya verían su espectáculo una vez que estuviera bien instalado en la casa de doña Helga. La mujer le pidió que sólo la llamara Helga porque luego se iban a burlar de ella hasta el fin de sus días, pues las doñas o eran putas o grandes señoras, como doña Liz, la mandamás de un rancho que estaba a media hora a pie del pueblo. Mientras platicaban parroquianos, cantinero, mesera y doctor, éste se bebió media botella de aguardiente y se deleitó con

un plato de sardinas aceitosas y tortillas gruesas hechas a mano. Llegó la hora de cerrar, justo cuando la noche es más noche; Helga y don Esta caminaron por la calle terregosa hacia la casa de ella, a unas cuantas cuerdas de la cantina; la mesera sacó su gran llave y abrió el portón desvencijado. De inmediato, en la oscuridad se distinguió un grupo blanquecino de aves que cacarearon hacia su ama, que les hablaba en náhuatl con una voz suave y cariñosa. Prendió un farol, de un costal colgado a una pared del pasillo tomó un puñado de maíz y se lo aventó a las inquietas gallinas; empujó una puerta que estaba a unos pasos, encendió una lámpara de alcohol e invitó a pasar al recién llegado. El hombre de corbata de moño entró, apoyando sus zapatos con mucho cuidado como si el piso se fuera a hundir; Helga le dio una palmada en el hombro y le dijo que no fuera tan remilgoso. El doctor sonrió con una media mueca, abrió los brazos, enseñó las manos intentando demostrar que no había problema; miró el cuarto que tenía los indispensables muebles de madera de pino. Al fondo se notaba un lecho amplio cubierto apenas con una sábana.

Mientras el hombre estaba parado en media habitación sin saber qué procedía, ya que no había dónde se acostara él, la mesera se empezó a desvestirse hasta dejar desnudo su cuerpo trigüeño, de formas maduras, le dio otra palmada en el hombro a don Esta, diciéndole que en su cama habían hasta tres personas y que ya se fuera desnudando. Pronto, el doctor quedó en paños menores: calzones a media pierna, camiseta de botones y manga larga, calcetines debajo de la rodilla; una piel blanca casi transparente como de pollo lechoso. Helga no pudo más que sonreír, lo terminó de desnudar y se lo jaló al lecho.

En la semioscuridad, ella le platicó que de niña se había metido al río un atardecer caluroso; a sus

espaldas sintió una presencia y, al volverse, vio a fray Helman, como lo habían descrito otras mujeres; se abrazó a ella por la espalda y reconoció cada parte de ese cuerpo juvenil; se desprendió de ella con lentitud. Ya en plena oscuridad, se escuchó su voz gastada diciendo "te llamarás Helga". Sus padres la habían bautizado como Soledad.

Ella se abrazó a don Esta y todavía dijo que ese recuerdo le había calentado el cuerpo y, entre besuqueos y caricias desbordadas, la mujer le hizo el amor brutalmente al hombre de la corbata de moño.

Por la mañana, destilicharon el cuarto y don Esta acomodó sus cosas en varios muebles que allí había; le quedó un catre de tijera y hasta alcanzó una mesa que ordenó a manera de escritorio. Fuera del portón de la casa colocó un letrero que decía "Se cura todo/ Doctor Estanislao", anuncio que no era necesario, pues a mediodía todo el pueblo estaba enterado del recién venido. Ese mismo día le sacó una canica del oído a un niño, enderezó el brazo zafado de un anciano; con uno de sus jarabes curó la diarrea de una mujer deshidratada, y le leyó la mano a una joven, adivinándole que se casaría con un muchacho de pelo negro, ojos cafés, pero con una mancha rojiza en el cuello.

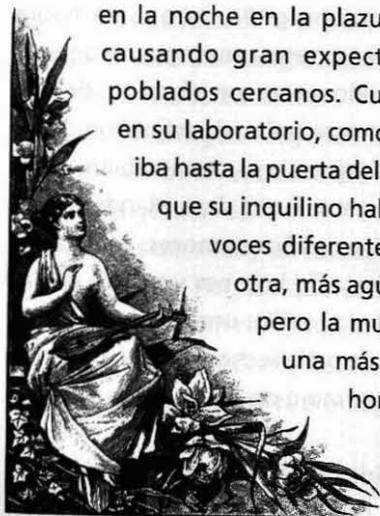
Así pasaron varios días, entre curaciones y magia, mientras anunciaba en papeles escritos por su puño y letra el gran espectáculo para el sábado en la noche en la plazuela Benito Juárez, causando gran expectación incluso en poblados cercanos. Cuando estaba solo en su laboratorio, como lo llamaba, Helga iba hasta la puerta del cuarto y escuchaba que su inquilino hablaba solo, con dos voces diferentes: una, la de él, y otra, más aguda, como de niño; pero la mujer pensó que era una más de las manías del hombre.

En tanto esto sucedía, Melitón, hombrón prieto,

de machete a la cintura, pretendiente de Helga desde que iban juntos al monte Cóatl de niños, fue abrazado por los celos y dedicó la semana entera a desprestigiar al doctor, argumentando que era un charlatán, que se quería enriquecer a costa de los tontos de Xochis y sus alrededores; que a las mujeres que curaba les cobraba en el catre. Así que la población se fue dividiendo entre los que estaban de parte de Melitón y los que defendían al doctor. Todo el pueblo esperaba ya con ansiedad el espectáculo tan anunciado.

Ese sábado en la noche, el templete, que prestó don Juli, el comisario de Xochis, estaba iluminado por tres docenas de antorchas; en el estrado nada más había una silla verde, de respaldo amplio, delante de unas cortinas rojas sostenidas por un mecate. Alrededor del tinglado se había juntado ya una multitud más o menos numerosa. De entre las cortinas apareció don Esta, cargando un muñeco vestido de esmoquin. El hombre se sentó en la silla y puso al muñeco sobre sus rodillas. Con la sola aparición de ambos personajes, la gente empezó a reír, pero el muñeco, con voz tipluda de niño, los silenció; fue presentado por don Esta bajo el nombre de Taolfo. El monigote empezó a contar chistes y los dos más festejados, aunque irrespetuosos, fueron el de que un día estaba José con el niño Jesús cuando de pronto se metió un guajolote a la carpintería; acto inmediato, el carpintero degolló al ave y, a la pregunta de su hijo de que por qué había hecho tal barbaridad, José le contestó que si una paloma se había cogido a su mamá, el guajolote podía violar a la familia entera; el otro fue una adivinanza: cuál era la diferencia entre un pollo a la leña y un negro. Como nadie de los presentes le atinó, Taolfo respondió que cuando metían en el fuego al pollo, éste no chillaba. Desde luego, este segundo chiste iba dirigido a dilapidar la influencia de san Martín de Porres, por lo que los ancianos no se rieron.

Luego de varias bromas, don Esta le pidió a la concurrencia que le preguntaran lo que quisieran a Taolfo, que él contestaría todo. Y, en efecto, de cuan-



to inquirían las personas, la marioneta respondía con exactitud; hasta resolvió de memoria las complejas raíces cuadradas que el maestro del pueblo le hizo. La última parte del acto fue dedicada a la adivinación y la curación. Taolfo acertó en edades, número de hijos y hasta de muertos enterrados en el camposanto; vaticinó cuándo llovería; predijo que una mujer embarazada tendría triates; curó a un sordo; le quitó el espanto a un muchacho; le arregló la locura al loco de Xochis y le quitó el mal de san Bito al sacristán. Ante esto, todos los presentes empezaron a aplaudir y gritar como si estuvieran en la fiesta de la Candelaria, hasta que la voz fue creciendo hasta repetir en lo alto la palabra "Tao". Pero lo más importante es que se burlaron de Melitón, incluidos sus ex partidarios. El hombrón no tuvo otra alternativa que agachar la cabeza y huir antes de que lo lincharan. Mientras tanto, el recién bautizado Tao alentaba a la gente para que le diera su merecido a ese hijo del demonio.

Se sucedieron muchos sábados y la gente fue tomando las curaciones de Tao como milagros y, poco a poco, los pobladores fueron viendo que el muñeco era mucho más certero que san Martín, por lo que no faltaba quien le llevara un costal de maíz al doctor Estanislao, un par de gallinas, varios kilos de café, un becerrito y hasta quien deseara desposar a una de sus hijas con el doctorcito.

Una noche, entre semana, en que don Esta salió de la cantina con más aguardiente entre pecho y espalda que de costumbre, al llegar a la calle de Allende, de entre la oscuridad de la esquina le salió una sombra envuelta en un sarape; el doctor saludó con voz pastosa, pero antes de terminar alcanzó a distinguir un machete que venía zumbando en el nocturno aire frío y le cortó la frase entre el "buenas" y "noches", que ya no salió; su

cabeza cayó al suelo, rebotando hasta la acequia. El cuerpo del mago todavía caminó unos pasos, como guajolote degollado, y se derrumbó estrepitosamente. La sombra limpió el machete con el sarape y se desvaneció en la oscuridad de Allende.

El entierro del cuerpo y la cabeza de don Esta se recuerda como el más numeroso que se haya celebrado en Xochistlacopan; vinieron de montes, de pueblos aledaños y de lejos; asistió hasta doña Liz, entre otras doñas y muchos dones. Ese mismo día, por la tarde, se inició la revuelta contra san Martín de Porres, alentada incluso por el sacristán; el santo negro, a quien culpaban de la muerte del mago, rodó de su rotonda. En su lugar pusieron al muñeco, lo nombraron san Tao y le colocaron la corona del rey de los milagros. Las tres estrellas a sus pies significan el corazón de don Esta, el matrimonio de san Tao con Dios y la buena fortuna de Xochistlacopan.

Al poco tiempo, la mesera tuvo un hijo de piel blanca como de pollo traslúcido y encontraron ahorcado a Melitón del ahuehuete más viejo del monte Cóatl.

